

EL TIPOGRAFO

ÓRGANO DE LA SOCIEDAD TIPOGRÁFICA MONTEVIDEANA



Montevideo, Enero 26 de 1893

PERIÓDICO QUINCENAL

Año XI — Número 27

ADMINISTRACIÓN: FLORIDA 209 (altos)

EL TIPOGRAFO

La Escuela de Artes y Oficios

Ó CARIDAD « FIN DE SIÈCLE »

Sabíamos que en la imprenta de dicha Escuela se comprometen á ejecutar trabajos por precios ajenos á todo cálculo, teniendo la caridad oficial que cubrir las pérdidas que tales baraturas ocasionan, á juzgar por los balances trimestrales; pero las críticas que pudieran hacerse eran acalladas con la manifestación de que esos sacrificios los imponía la educación de algunos jóvenes que aprendían el arte de ese modo.

Muy lejanos de la verdad estábamos cuando nos detenían tales miramientos. Hoy sabemos que en la tipografía establecida al sureste de Montevideo se negocia con el cajista igual ó peor que en cualquier otro taller, y esta especulación con nuestros compañeros es lo que nos obliga á descubrir hechos que en otros casos nos tendrían sin cuidado.

Apersonáronse unos tipógrafos manifestando que fueron solicitados para trabajar en la Escuela de Artes y muy gustosos se prestaron á ello, no sospechando la sorpresa que les esperaba. Cuando habían trabajado cierto tiempo, más que asombrados abandonaron su tarea, por el estupendo precio que quería abonárseles, pues ellos no habían ajustado antes en la creencia de que no llegarían á tanto quienes los ocupaban.

Se trataba de una obra en cuerpo nueve prolongado con páginas de composición de treinta y un cículos de largo por veinte de ancho. Trabajando por líneas, cada página de esas vale unos cuatro reales compuesta, corregida y distribuída, como podrá juzgarse:

Treinta y un cículos, suprimiendo las fracciones, dan cuarenta líneas cuerpo nueve. Siendo las líneas á medida veinte, como son las aludidas, en cuerpo nueve estrecho entran cincuenta enes (en este cálculo echamos por lo corto, con el comprobante á la vista, buscando números redondos). Multiplicando cincuenta enes de cada línea por cuarenta líneas de cada página, resultan dos mil enes: á dos reales el millar, como siempre se ha pagado, dan cuatro reales por página término medio.

Con la abundancia de brazos actual, no admiraría que se ofreciera por cada una de esas páginas tres reales y hasta casi casi dos, aunque no dejaría de ser una especulación admirable; pero abran la boca los lectores al saber que en la Escuela de Artes y Oficios se pretende pagar por página *de más de dos mil enes, un real!*

Es decir, un cajista regular en nueve ó diez horas entregará listas cuatro ó cinco de las citadas páginas ó sean alrededor de diez mil enes por jornada, y en la caritativa imprenta se le recompensaría tanto trabajo del brazo y de la mente con cuatro ó cinco reales diarios ó sean unos doce pesos al mes!

Los que nos han hecho la denuncia dijeron que las páginas eran compuestas y distribuídas, y por otro conducto hemos oído que esos diez centésimos eran por composición solamente, con lo que ya variaría el asunto, aunque el abuso queda subsistente, porque en cada jornada el cajista levantará á mucho tirar entre siete y ocho de tales paginazas, y otros tantos reales alcanzaría al día ó sean cuando más unos dieciocho pesos al mes.

Ahora exijase que un obrero vista, coma, sostenga á la familia y pague alquiler con doce á dieciocho pesos mensuales y al mismo tiempo sea honrado. Absurdo! y máxime si se tiene en cuenta que todavía no se ha descubierto el alimento artificial, apesar de que hace muchos siglos los Evangelios dicen:

« No os congojéis por vuestra vida, qué habéis de comer, ó qué habéis de beber; ni por vuestro cuerpo, qué habéis de vestir... »

« Mirad á las aves del cielo, que no siembran, ni siegan, ni allegan en alfolés; y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No sois vosotros mucho mejores que ellas? » — (San Mateo, capítulo VI).

Sí, zoológicamente somos mejores que las *aves del cielo*, aunque moralmente, no lo sabemos; mas á buen seguro que los volátiles de una misma especie no se desplumarán mutuamente como el hombre suele ser desplumado por sus semejantes.

No negamos que en la industria libre la especulación llega al extremo, y aún ciertos tipógrafos desentrañados hacen contratos con los propietarios que les permiten darse á la buena vida á costa de la esclavitud de sus compañeros; mas estos negocios son descarados y se disculpan con la suprema necesidad y la lucha por la existencia.

En los talleres de la renombrada Escuela no caben tales disculpas, y desde que los alumnos de esa tipografía no llegan á una docena, es contra toda caridad contratar trabajos por una bagatela para luego solicitar cajistas libres y querer enmendar con ellos los cálculos disparatados.

Suponemos que á estos actos sean ajenas, por ignorancia ó confianza, las respetadas personas que en nombre de la Beneficencia representan la dirección del establecimiento oficial, pues de lo contrario lo que habría en este caso sería una caridad *fin de siècle*.

El gran ascendiente del cristianismo en sus primeros siglos estribó en la práctica de las más sanas doctrinas, en contraste con la ambición y malos instintos llevados al desenfreno en aquellas sociedades; y por eso admira que tengamos que denunciar ciertas obras cometidas á la sombra de ese cristianismo.

Cuando el sublime visionario Jesús de Galilea habló de la caridad dióle á ésta tal importancia, que aconsejando el buen uso de ella, dijo á sus discípulos:

« Mas cuando haces limosna, no sepa tu izquierda lo que hace tu derecha. »

Pero por lo visto, en estas épocas de civilización y democracia, si apareciera el otro Mesías esperado por los israelitas ó el Antecristo anunciado por los evangelistas, encontraría muchedumbres que le aplaudieran y los escribas y fariseos que pudiera haber no le crucificarían, si su lema caritativo fuera:

« Lo que des con la diestra, sácalo con la siniestra. »

JUSTUS.

Verdades amargas

(COLABORACIÓN)

¡Qué frío intenso se siente al entrar! ¡Qué nevadas corrientes de indiferencia y de olvido circulan por todos los ámbitos de aquella pequeña salita!... No, no traspongamos sus dinteles, porque es muy posible que el aire helado de la desunión y del menosprecio social que por allí corre en continuadas ráfagas, nos convierta en un santiamén en sorbete!...

No, no constituyen hiperbolismo alguno estas sencillas figuras: es la verdad pura y sin rodeos la que encierran!... La Sociedad Tipográfica Montevideana, hace mucho